



**El terror**  
y otros relatos de lo extraño  
**ARTHUR MACHEN**

Nacido en el pueblecito galés de Caerleon en 1863, Machen se trasladó a Londres a los dieciocho años para buscarse la vida. Llevó una vida bohemia sobreviviendo a base de trabajos editoriales mal pagados (corrector de pruebas, traductor o compilador de catálogos) y escribiendo reseñas de libros para la revista *Litterature*. Sus primeras obras no fueron de tema fantástico: «*The Chronicle of Clemendy*» (1888) consiste en una serie de relatos ambientados en la Edad Media. Aficionado a la magia y a la alquimia, Machen ingresa en 1900 en la orden esotérica de la *Golden Dawn*, y diez años después entra a formar parte de la redacción del diario *Evening News*, donde publica numerosas colaboraciones sobre antigüedades, folclore, crímenes históricos, y otros muchos temas. Publicó la mayoría de sus relatos en distintas revistas, y los recopiló más tarde en antologías como «*The House of Souls*» (1906), «*The Angels of Mons*» (1915), «*The Shining Pyramid*» (1923) y otras.

El presente volumen reúne una novela corta (*El terror*, 1917) y veintidós relatos de género fantástico, la mayor parte protagonizados por héroes obsesionados por su conciencia culpable y convencidos de sus orígenes sobrenaturales.

De la variedad temática de esta selección dan buena muestra relatos como “*La mano roja*”, en la que las antiguas runas y la magia se dan la mano; “*Las cosas sagradas*”, que transcurre en las costas galesas; “*Psicología*”, que resucita el tema de *Jekyll y Hyde*; y “*La custodia*”, “*La luz que deslumbra*” y “*Municiones de guerra*”, ambientadas en la Primera Guerra Mundial, al igual que *El terror*, narración en la que Machen plantea una auténtica teoría de la conspiración relacionada con el desarrollo de la primera gran guerra europea.

## INTRODUCCIÓN

### LA MAGNA OBRA FANTÁSTICA DE ARTHUR MACHEN

«Hace casi cien años que Arthur Machen sobresaltó las sensibilidades británicas con *The Great God Pan* y relatos similares, y explicó a los lectores hostiles lo que significaba el éxtasis y el pecado, y lo importante que eran», escribía en 1985 el prestigioso especialista en literatura fantástica y de terror E. F. Bleiler<sup>[1]</sup>. Han pasado más de treinta años y la ingente obra del escritor galés resiste los embates del tiempo y sigue encandilando a los cada vez más numerosos lectores.

Tras unos comienzos difíciles en Londres (entre 1881 y 1888), mientras perfeccionaba sus técnicas de escritura Machen malvivió de trabajos mal pagados en editoriales, como corrector de pruebas, editor, traductor y compilador de catálogos de libros antiguos de magia, alquimia y misticismo, que leyó y de los que se empapó, y escribiendo reseñas de libros para la revista *Literature*. Hoy en día todavía son recordadas y buscadas sus traducciones del *Heptameron* de Margarita de Navarra (*The Heptameron*, Dryden Press, Londres, 1886), *Le moyen de l'avenir* de Beroalde de Verville (*Fantastic Tales*, ed. privada, Londres, 1890), o sobre todo la muy celebrada versión de las memorias de Casanova (*The Memoirs of Jacques Casanova*, ed. privada, Londres, 1894).

La situación cambió drásticamente cuando al morir su padre (en septiembre de 1887) heredó lo suficiente para vivir independientemente durante los siguientes catorce años. Curiosamente, sus primeras obras no fueron de tema fantástico: *Eleusinia* (ed. privada, Hereford [Gales], 1881), poemas juveniles escritos un año antes, *The Anatomy of Tobacco* (George Redway, Londres, 1884), escrito en 1883 mientras trabajaba como tutor y vivía en una pensión en Clarendon Road, cuyo subtítulo (*or Smoking Methodized, Divided, and Considered After a New Fashion: by Leolinis Silwriensis, Professor of Fumifical Philosophy in the University of Brentford*) deja bien claro que se trata de una disparatada broma a la manera de Lewis Carroll aunque con evidentes ecos de Burton, Rabelais o Carlyle, o *The Chronicle of Clemendy* (ed. privada, Londres, 1888), escrita en 1884, una recopilación de imaginativos relatos cortos ambientados en la Edad Media escritos en un cosquilleante inglés arcaico bajo la influencia de Rabelais.

A pesar de su ingreso en la Hermetic Order of the Golden Dawn<sup>[2]</sup> en 1900, de nuevo la penuria le llevó a buscar nuevos oficios que le permitieran seguir escribiendo. Entre 1901 y 1909 probó fortuna en las tablas y recorrió el país con la Benson Shakespeare Repertory Company actuando en papeles secundarios. Gracias a su amistad con Alfred Douglas, poeta, traductor y escritor inglés más conocido por su *affaire* con Oscar Wilde, durante un par de años (1907 y 1908) escribió artículos para las revistas londinenses *The Academy* y *T.P's Weekly*, y en 1910 entró a formar parte de la redacción de la *Evening News*. Se estiman en más de mil quinientas sus colaboraciones para aquella prestigiosa revista sobre los más diversos temas: sucesos cotidianos, antigüedades, folclore, crímenes históricos, literatura o vida londinense. Pero en 1921 lo despidieron por escribir en términos algo ofensivos el obituario de Alfred Douglas, que en realidad no había muerto.

Oscar Wilde, a quien conoció en 1890 y trató hasta 1895, admiraba uno de sus primeros cuentos, "A Double Return" (1890), en el que un hombre descubre que un doble exacto a él disfruta de los favores de su esposa sin que ella se haya dado cuenta del cambio. Pero en realidad no se trata de un caso de *doppelgänger* sino de una cínica impostura. Machen todavía no había decidido abordar el género fantástico que posteriormente tanta fama iba a darle. Cuando lo hizo, no tardaron en llegar sus primeros éxitos con sendas colecciones: *The Great God Pan and The Inmost Light* (John Lane, Londres, 1894) y *The Three Impositors* (John Lane, Londres, 1895). Si al principio su escritura se inclinaba por la prosa arcaica y «fantastickal» del siglo xvii, pronto prefirió el lenguaje urbano y pausado de la vanguardia de la primera mitad de los años 1890, representado por R. L. Stevenson y Arthur Conan Doyle, del que tomó la figura de su detective Sherlock Holmes para delinear el personaje central de "La luz interior", Mr Dyson, estudioso de la naturaleza humana que lo mismo se mueve con soltura en los mejores restaurantes del West End londinense que por las más oscuras y menos frecuentadas calles de la ciudad.

Como durante años publicó la mayoría de sus relatos en diversas revistas, gran parte de su obra nunca ha sido recogida en forma de libro, o solo en pequeñas y raras ediciones como *Dreads and Drolls* (1926) y *Notes and Queries* (1926). Pero, aparte de sus novelas semiautobiográficas de inspiración simbolista —como *The House of Hidden Light* (ed. privada, Londres, 1904), donde narra sus aventuras nocturnas por Londres con A. E. Waite<sup>[3]</sup>, *A Fragment of Life* (1906), sobre el prodigioso cambio de conciencia de un hombre perdido en Londres, *The Hill of Dreams* (E. Grant Richards, Londres, 1907), «la historia de un Robinson Crusoe del alma», *The Great Return* (The Faith Press, Londres, 1915), que narra el improbable regreso del Santo Grial a un Gales moderno, *The Secret Glory* (Seeker, Londres, 1922),

que retoma el tema de *A Fragment of Life* y mezcla aspectos de *The Hill of Dreams* con lacerante crítica social<sup>[4]</sup>, *The London Adventure or The Art of Wandering* (Martin Seeker, Londres, 1924), variopinto retablo sobre su experiencia periodística, o *The Green Round* (Ernest Benn, Londres, 1933), alarde místico de alquimia y sueños en forma de falso ensayo—, el grueso de su profusa obra fantástica siguió apareciendo en varias antologías: *The House of Souls* (E. Grant Richards, Londres, 1906), *The Angels of Mons. The Bowmen, and Other Legends of the War* (Simpkin, Marshall, Hamilton, Kent & Co., Londres, 1915), *The Shining Pyramid* (Covici-McGee, Chicago, 1923), *Ornaments in Jade* (Knopf, Nueva York, 1924), *The Cosy Room and Other Stories* (Rich & Cowan, Londres, 1936) y *The Children of the Pool* (Hutchinson & Co., Londres, 1936).

Publicados en esta misma colección los más conocidos relatos entresacados de estas antologías<sup>[5]</sup>, en este volumen me he propuesto recoger, además de la estupenda novela corta *The Terror*, que no podía faltar cuando se trata de completar la obra de Machen, los restantes relatos que me han parecido oportunos (entre los casi ciento veinte que escribió en diversos géneros) por contener suficientes elementos fantásticos y alcanzar un nivel medio cuando menos interesante y a veces de innegable calidad. Con ello he prescindido de algunos que Bleiler considera que pertenecen al género, pero yo no estoy muy de acuerdo, como “Adventure of the Missing Brother”, “Quest of Constancy”, “Strange Story of a Red Jar” o “The Recluse of Bayswater”<sup>[6]</sup>.

En todos ellos se aprecian los ingredientes fundamentales de su obra (héroes obsesionados por su conciencia culpable y su convencimiento de sus orígenes sobrenaturales). Así por ejemplo, en “La mano roja”, utiliza los mismos mitos de “La pirámide resplandeciente” y mezcla las antiguas runas con la magia y las piedras negras que cuentan secre-

tos de tesoros escondidos. "Las cosas sagradas" transcurre en la costa galesa como "Los niños felices" y "De las profundidades de la tierra". "Psicología" resucita el tema de Jekyll & Hyde al describir a un hombre de negocios de un tranquilo suburbio que confía sus pensamientos extraviados a trozos de papel y al releerlos le horroriza su propia irracionalidad y maldad. "La custodia", "La luz que deslumbra" y "Municiones de guerra" son historias que guardan cierta relación con "Los arqueros" y están igualmente ambientadas en la Primera Guerra Mundial, Y en "Felices Pascuas" los pájaros ayudan a celebrar la Navidad, como si Machen quisiera disculparse por la osada tesis que sustenta en "El terror", novela que también transcurre en la citada contienda. Algunos son muy breves y otros más o menos largos, pero la mayoría de ellos están, no cabe duda, a la altura que se le debe exigir al escritor galés, sobre todo "Fuera del cuadro", "El árbol de la vida", "La omega exaltada", "Abrir la puerta", "El misterio de Islington", "La mano roja" y "Don de lenguas".

J. A. MOLINA FOIX

# EL TERROR<sup>[7]</sup>

## CAPÍTULO 1 LA LLEGADA DEL TERROR

Después de dos años recurrimos una vez más a las noticias de cada mañana con una sensación de anhelo y buenas expectativas. Cuando empezó la guerra nos estremecimos por el miedo a aquel cataclismo que parecía a la vez increíble y cierto; fue cuando cayó Namur<sup>[8]</sup> y las huestes alemanas crecieron como una inundación sobre los campos de Francia y llegaron muy cerca de las murallas de París. Luego sentimos la emoción del júbilo cuando llegaron las buenas noticias de que la horrible marea había retrocedido y que París y el mundo estaban a salvo, durante algún tiempo al menos.

Luego esperamos durante varios días más noticias, tan buenas como esas o mejores. ¿Habían cercado a von Kluck<sup>[9]</sup>? Todavía no, pero quizás lo cercarían mañana. Mas los días se convirtieron en semanas, las semanas se alargaron a meses; la batalla en el oeste parecía bloqueada. De vez en cuando se hacían cosas que parecían alentadoras, con la promesa de acontecimientos todavía mejores. Pero Neuve Chapelle y Loos<sup>[10]</sup> quedaron reducidos a decepciones cuando se contó todo; las líneas del oeste permanecían inmóviles, a efectos prácticos de victoria. Nada parecía suceder, no había nada que leer salvo la relación de operaciones que sin ningún género de dudas eran nimias e insignifi-



cantes. La gente especulaba sobre el motivo de esa inacción; los optimistas decían que Joffre<sup>[11]</sup> tenía un plan, estaba «haciéndoles caer en el anzuelo»; otros declaraban que nos faltaban municiones; otros también que los nuevos reclutas todavía no estaban preparados para el combate. De modo que pasaron los meses, y casi había terminado el segundo año de la guerra cuando las inmóviles líneas inglesas empezaron a moverse y temblar como si despertasen de un largo sueño y marcharon hacia delante, arrollando al enemigo.

El secreto de la prolongada inacción del ejército británico lo habían guardado bien. Por una parte lo protegió rigurosamente la censura, que severa, y a veces hasta el absurdo —por ejemplo «los capitanes y los... se fueron»—, en este caso concreto llegó a ser atroz. En cuanto las autoridades se dieron cuenta de la verdadera importancia de lo que sucedía, o empezaba a suceder, enviaron una insistente circular a los propietarios de los periódicos de Gran Bretaña e Irlanda. Se advirtió a cada uno de ellos que solo podría comunicar el contenido de la circular a una persona, el redactor jefe responsable de la publicación, que debía mantener en secreto el comunicado so pena de ser sancionado severamente. La circular prohibía mencionar ciertos hechos que habían tenido lugar, que pudieran tener lugar; prohibía cualquier alusión a esos sucesos, cualquier insinuación de su existencia, o de la posibilidad de su existencia, no solo en la prensa sino en cualquier otra forma. No debía aludirse al tema en la conversación, ni tampoco insinuarlo, aunque fuese vagamente, en ninguna carta; aparte de su contenido, la existencia misma de la circular debía ocultarse por completo.

Las medidas tuvieron éxito. El rico propietario de un periódico del norte, un poco animado al término del Banquete de los Torcedores<sup>[12]</sup> (que se celebró como siempre, recordará el lector), se atrevió a decirle al hombre que tenía a

su lado: «Qué horrible sería, ¿no es cierto?, si...» Sus palabras se repitieron, lamento decir, como prueba de que ya era tiempo de que «el viejo Arnold se tranquilizara»; y lo multaron con mil libras. Además se dio el caso de un semanario poco conocido publicado en la capital del condado de una comarca agrícola de Gales. El *Meiros Observer* (lo llamaremos así) se imprimía en la parte de atrás de una papelería y llenaba sus cuatro páginas con información sobre exposiciones locales de horticultura, ferias selectas en las vicarías, informes de los concejos municipales y ocasionales desgracias sufridas por bañistas.

También publicaba una lista de visitantes, que había llegado a contener seis nombres.

Este bien informado órgano publicó un párrafo, en el que nadie reparó, muy parecido a los que los pequeños periódicos de provincia llevaban mucho tiempo publicando, que no podía dar siquiera el menor indicio a nadie, es decir, a nadie que no estuviera avisado del secreto con todo detalle. Lo cierto es que esta noticia apareció en el periódico porque el propietario, que era también el director, dejó imprudentemente los últimos trámites de aquella edición concreta en manos de la redacción, que era quien lo manejaba todo en aquel establecimiento; y la redacción metió un chisme que habían oído en el mercado para llenar un hueco de dos pulgadas en la última página. Pero el resultado fue que el *Meiros Observer* dejó de aparecer, debido a «circunstancias adversas», según dijo el propietario; y no añadió ni una palabra más. Es decir, ni una palabra más a modo de explicación, pero muchas más para maldecir a esos «condenados fisgones metomentodos».

En estos momentos, una censura que sea bastante minuciosa y completamente implacable puede lograr resultados asombrosos para ocultar lo que se quiera. Antes de la guerra habríamos pensado de otro modo; habríamos dicho que, con censura o sin ella, sin duda alguna se sabría que han asesinado a alguien en X o han robado un banco en Y;

si no por la prensa, al menos a través del rumor y el paso de noticias de boca en boca. Y eso sería cierto tanto en la Inglaterra de hace trescientos años como hoy en día en las tribus salvajes. Pero recientemente hemos llegado a sentir tal reverencia por la palabra impresa, y a confiar tanto en ella, que la antigua facultad de propagar noticias de viva voz se ha atrofiado. Prohíban a la prensa que mencione que han asesinado a Jones, y es asombroso qué poca gente se enterará de eso y, de los que se enteren, qué pocos creerán la historia que han oído. Conocemos a un hombre en un tren que comenta que le han contado algo acerca de un asesinato en Southwark; es completamente distinta la impresión que recibimos de esa comunicación casual que la que nos proporciona media docena de líneas impresas con el nombre, la dirección, la fecha y los demás detalles del caso. En los trenes la gente repite toda clase de historias, muchas de ellas falsas; los periódicos no publican informaciones de asesinatos que no se hayan cometido.

Otra consideración que contribuye al secreto. Creo haber dicho que ya no existe el antiguo cometido de difundir rumores; y habrá quien me recuerde la extraña leyenda de los rusos y el mito de los ángeles de Mons<sup>[13]</sup>. Pero permítanme señalar, en primer lugar, que esos dos absurdos se difundieron ampliamente con ayuda de los periódicos. Si no hubiera habido periódicos ni revistas, rusos y ángeles no habrían aparecido más que de una forma breve y vaga de lo más imprecisa; pocos se habrían enterado, menos todavía se lo habrían creído, habrían chismorreado acerca de ellos durante una o dos semanas escasas y luego habrían desaparecido.

Además, el hecho mismo de que durante algún tiempo esos vanos rumores y cuentos fantásticos los hubiese creído tanta gente fue fatal para que dieran crédito a cualquier aislado comentario por lo bajo que pudiera haberse divulgado.

La gente había sido engañada dos veces; habían visto que personas importantes, hombres influyentes, habían predicado y dado explicaciones públicas sobre las resplandecientes figuras que habían salvado al ejército británico en Mons, o habían atestiguado acerca de los trenes llenos de moscovitas de capote gris que atravesaron el país a toda prisa en el silencio de la noche: y ahora se insinuaba algo más asombroso que cualquiera de esas leyendas puestas en duda. Pero esta vez no había ni una sola palabra que confirmasen los diarios, los semanarios o las revistas locales, con que los pocos que se enteraron se rieron o, si se lo tomaron en serio, regresaron a casa y tomaron notas para ensayos sobre «Psicología en tiempos de guerra: delirios colectivos».

Yo no hice ninguna de esas cosas. Pues antes de que se hubiera publicado la circular secreta por alguna razón despertaron mi curiosidad ciertos párrafos acerca de un «accidente mortal de un conocido aviador». Al parecer, una bandada de palomas había destrozado la hélice del aeroplano; las palas se habían roto y el aparato había caído a tierra a plomo.

Y poco después de haber leído esta noticia, me enteré de las circunstancias muy raras referentes a una explosión en una fábrica de municiones en las Midlands. Creí imaginar la posibilidad de una relación entre aquellos dos sucesos tan diferentes.

Los amigos que han tenido la bondad de leer este documento me han advertido de que ciertas frases que he empleado pueden dar la impresión de que atribuyo todas las demoras de la guerra en el frente occidental a las extraordinarias circunstancias que ocasionaron la publicación de la circular secreta. Desde luego, ese no es el caso, hay muchas razones para la inmovilidad de nuestras líneas entre octubre de 1914 y julio de 1916. Esas causas son bastante evidentes y se han discutido y deplorado públicamente. Pero detrás de ellas hay algo infinitamente más importante.

Nos faltaban hombres, pero acudían hombres en tropel al nuevo ejército; estábamos escasos de proyectiles y granadas, pero cuando se reveló la escasez la nación entera se puso a enmendar la cuestión con todas sus energías. Pudimos encargarnos de remediar las deficiencias de nuestro ejército tanto en hombres como en municiones... si era posible conjurar el nuevo e increíble peligro. Ha sido conjurado; más bien, quizás, ha dejado de existir; y el secreto ya se puede contar.

He dicho que me llamó la atención la noticia sobre la muerte de un conocido aviador. Lamento decir que no tengo la costumbre de guardar los recortes de prensa, de modo que no puedo ser muy preciso en cuanto a la fecha de ese suceso. Según creo recordar fue hacia finales de mayo o principios de junio de 1915. El suelto del periódico que anunciaba la muerte del teniente de aviación Western-Reynolds era bastante breve; los accidentes, incluso mortales, de los que toman los cielos al asalto para defendernos no son, por desgracia, ni mucho menos tan raros como para que requieran una atención tan amplia. La manera en que encontré la muerte Western-Reynolds me pareció sorprendente, puesto que revelaba un nuevo peligro en el elemento que acabábamos de conquistar. Lo derribó, como dije, una bandada de aves; de palomas, según se desprende de lo que se encontró en las palas manchadas de sangre y destrozadas de la hélice. Un testigo ocular del accidente, un oficial compañero suyo, contó que Western-Reynolds partió del aeródromo una tarde con buen tiempo, casi sin viento. Se dirigía a Francia; había hecho el viaje de ida y vuelta media docena de veces o más, y se sentía completamente seguro y tranquilo.

—Wester se elevó en seguida a gran altura y apenas podíamos ver el aparato. Estaba a punto de irme cuando uno de los compañeros exclamó: «¡Vaya! ¿Qué es eso?» Señalaba hacia arriba, y vimos lo que parecía una nube negra que venía del sur a una velocidad tremenda. En seguida me di

cuenta de que no era una nube; se arremolinaba y precipitaba de un modo completamente diferente a cualquier nube que yo haya visto. Pero durante unos segundos no pude comprender exactamente lo que era. Cambió de forma y se convirtió en una gran medialuna, y daba vueltas y mudaba de dirección como si buscara algo. El hombre que había dado la alarma tenía unos prismáticos y vio todo lo que le interesaba. Entonces gritó que era una enorme bandada de pájaros, «miles de ellos». Continuaron dando vueltas y batiendo las alas en lo alto, y los observamos, pensando que era interesante, pero sin imaginarnos que eso le afectaría a Wester, que casi se había perdido de vista. Su aparato no era más que un punto. Entonces los dos brazos de la medialuna se juntaron como un rayo, y aquellos miles de pájaros se lanzaron en masa hacia arriba a través del cielo y emprendieron el vuelo a alguna parte hacia el norte-cuarta al noroeste. Entonces Henley, el de los prismáticos, gritó: «¡Ha caído!» y echó a correr, y yo le seguí. Buscamos un coche y mientras íbamos Henley me contó que había visto caer en picado al aparato, como si saliera de la nube de pájaros. Creyó entonces que de alguna forma ellos habrían estropeado la hélice. Resultó que ese fue el caso. Encontramos la palas completamente rotas y cubiertas de sangre y de plumas de paloma, y los cuerpos de esas aves se habían encajado entre las palas y estaban incrustados en ellas.

Esa fue la historia que el joven aviador contó una noche a unos cuantos compañeros. No habló «en confianza», de modo que no dudo en repetir lo que dijo. Como es natural, no tomé nota por extenso de aquella conversación, pero siempre me las arreglo para recordar las palabras que me interesan, y creo que mi versión se acerca mucho a la historia que escuché. Que quede claro que el aviador contó su historia sin pretender ni sugerir que había sucedido algo increíble, o casi increíble. Que él supiera, era la primera vez que ocurría un accidente de esa clase. En Francia los pájaros habían molestado a aviadores un par de veces, pero el

pobre Wester había sido el primer hombre en tropezarse con una bandada de millares de palomas.

—Y quizás sea yo el próximo —añadió—, pero ¿por qué preocuparse? De todos modos, mañana por la tarde voy a ver si me despido<sup>[14]</sup>.

Pues bien, escuché la historia como quien escucha las múltiples maravillas y terrores del aire; como cuando hace unos años supimos de la existencia de las «bolsas de aire», esas extrañas brechas o vacíos en la atmósfera en los que caen los aviadores con gran peligro; o cuando nos enteramos de la experiencia del aviador que sobrevolaba las montañas Cumberland en el abrasador verano de 1911 y, mientras daba vueltas muy por encima de las cumbres, de pronto se vio impulsado hacia arriba ostensiblemente, porque el aire caliente que despedían las rocas golpeó su aeroplano como si fuera un chorro de gas de la chimenea de un horno. Acabamos de empezar a navegar por una región desconocida; es de esperar que nos enfrentemos a nuevas aventuras, a peligros inesperados. Y la muerte de Western-Reynolds ha abierto un nuevo capítulo en la crónica de esos peligros y aventuras; y sin duda la inventiva y el ingenio en breve darán con el modo de contrarrestar el peligro<sup>[15]</sup>.

Fue una semana o unos diez días después de la muerte del aviador, según creo, cuando mi ocupación me llevó a una ciudad del norte, cuyo nombre más vale que ignoremos. Mi misión consistía en investigar ciertas acusaciones de despilfarro presentadas contra los obreros, es decir, los operarios de la fábrica de municiones de esa ciudad. Se decía que los hombres que solían ganar dos libras y diez chelines por semana ahora recibían entre siete y ocho libras, que a las «pocas chicas» les pagaban dos libras en lugar de siete u ocho chelines, y que, por lo tanto, aquello era una insensata orgía de despilfarro. Las chicas, me dijeron, comían bombones de a cuatro, cinco y hasta seis chelines la libra, las mujeres encargaban pianos de treinta libras que